

Cuba: “Siempre he vivido en el borde”

Por Dalia Acosta y Sara Más

Servicio de Noticias de la Mujer

La Habana, julio (Especial de SEM).- Una mujer mira a la cámara y cuenta con dolor cómo contrajo el Sida. Una adolescente sin familia, con un cuerpo quizás maltrecho y los sueños intactos, desanda el reto de su derecho a la vida. Un pastor sabe que no es un santo y lo dice, entre otras confesiones. Varios hombres niegan su cuerpo y en nombre de su alma se ajustan el traje de mujer...

Unas y otros son personajes reales que habitan las calles de La Habana o cualquier ciudad de esta isla caribeña, quizás sin llamar demasiado la atención ni ser reconocidos hasta que empiezan a recorrer, con voz y rostro, los documentales de Lizette Vila.

Intérprete de piano y clarinete por sus estudios; realizadora de cine, radio y televisión por su talento y oficio; promotora cultural por vocación, controvertida quizás para algunos por su verbo apasionado y vehemente, Lizette Vila es una de las mil mujeres nominadas este año al Premio Nobel de la Paz con el fin de reconocer el papel de la mujer en la construcción de un mundo solidario y pacífico. Es, además, la única cubana en esa lista.

En la barriada del Cerro, donde nació y vive, en la capital de Cuba, “acampó” hace más de tres años, según sus propias palabras. Allí ha instalado la sede del proyecto Palomas, que creó y dirige, adscrito al Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC). Es un pequeño grupo que apenas conforman cuatro personas y ocupa un pequeño apartamento donde se respiran los aires creativos desde la entrada y es fácil sentirse como en casa.

¿Alguna vez te propusiste ser realizadora de documentales? ¿Hasta qué punto lo provocaste o fuiste encontrando ese camino?

Lo único que estudié conscientemente, porque me motivaba, fue música: piano complementario y clarinete. Me casé muy joven, a los 16 años, y esa es otra historia, porque me mudé a Camagüey (provincia al centro de la isla) y tuve que dejar el instrumento, que era prestado.

Iba a cumplir 18 años cuando comencé como editora musical en la televisión, ya divorciada. Allí trabajé junto a grandes músicos e intérpretes. Para mí fue una escuela muy valiosa aquel escenario plural de ideas. Luego un amigo me hizo pensar en que podía hacer algo por mí misma y no sólo acompañar con la banda sonora el pensamiento de quienes dirigían. Así llegué a mi primer documental, “El orfebre”, sobre la obra del artista Osvaldo Castilla, lo único que hice en 16 mm.

Es interesante que fueran hombres quienes me alentaron. Otro amigo me estimuló a decidirme por los temas que siempre me interesaron, porque viví de

cerca el trabajo de mi madre, que era trabajadora social en los setenta. Entonces mi vida dio un giro absoluto y empecé a trabajar los temas sociales.

Muchos son de temas complejos y poco tratados. ¿Es algo premeditado?

Empecé a vincularme a sectores que me negaba a llamar de minorías, porque ponerles esa etiqueta significaba para mí una manera más de excluirlos. No importa la cantidad que fueran: eran gentes interactuando en la compleja dinámica social cubana.

Mientras me adentraba en sus historias fui experimentando la repercusión y el impacto social de una obra audiovisual, que podía superar expectativas, en términos de comunicación, mucho más que otras técnicas comunicativas.

No me interesa si son temas tratados o no, porque socialmente siempre he estado en el borde. Creo que se trata de personas que, de una manera u otra, se vinculan a lo que pienso, aunque yo no sea una mujer religiosa, de una fe fuerte y practicante, como sí lo son las Hermanas de la Caridad, la de Teresa de Jesús o los Hermanos de San Juan de Dios.

Tampoco soy una mujer con discapacidad, no estoy infestada por Sida, ni soy alcohólica o transexual. No lo podría explicar, pero son gentes que han llegado a mí y me voy relacionando con ellas.

¿Por qué dices que siempre has estado en el borde?

Quizás porque provengo de una familia pobre, del Cerro, uno de los barrios más populares —digo popular y para nada marginal— de La Habana, nunca tuve posibilidades de espacios como otras personas de mejor nivel económico. Nunca fui elitista y esa postura siempre me pareció una de las expresiones más discriminatorias y fascistas. Nunca tuve ningún reconocimiento ni era destacada en nada. No siento que tampoco tenga méritos espectaculares, hago sólo mi trabajo.

En tu carrera se cruza más de un oficio o profesión, aunque todos afines. ¿Cómo te reconoces mejor, cómo realizadora fílmica o promotora cultural?

Soy una promotora cultural, más que todo. Por los lugares por donde estuve y trabajé tuve la oportunidad de tender vías, puentes y espacios de diálogo entre artistas y equipos directivos de las instituciones culturales. En ese sentido fui un canal y eso me enfatizó una vocación natural. Si hubiera tenido dinero alguna vez, creo que hubiera abierto una galería de arte o una sala de conciertos. La promoción cultural me interesa mucho más que mi carrera como realizadora.

Tienes seguidores y detractores, quienes te han ayudado más y quienes te han comprendido menos, pero muchos coinciden en que dices lo que piensas sin ambages y defiendes tus puntos de vista. ¿Te consideras una persona polémica?

No. Me gusta dialogar. Si a veces parezco polémica puede ser porque no sabemos hacer un buen uso del ejercicio de las palabras y del pensamiento. Que tengamos ideas diferentes no significa que no podamos dialogar y hasta entendernos. En determinados momentos he tenido que esgrimir algunos juicios relacionados con las políticas del país, asumiendo que yo tenía que ser muchas voces, decir la pluralidad de pensamientos y hechos de un grupo de artistas y creadores, y no sólo decir lo que yo pensaba.

Pero sí creo que he sido muy criticada porque soy una mujer; he sentido una vulnerabilidad muy fuerte por eso. A veces notaba la burla cuando en mis oratorias empleaba el lenguaje de género, otras porque no me facilitaban los espacios, me minimizaban o se sacaba el tema del centro de la discusión. Pero lejos de amilanarme, eso me ha dado una fortaleza espiritual; aprendí a soportar una ironía, a perdonar en vez de sentir pena y también a sentir lealtad. Me gusta ser absolutamente leal porque también he sentido la amargura de las traiciones. Lo importante no es si me critican o no, sino tener la capacidad de expresarme hondamente.

¿Crees que ese hecho de ser mujer influya en lo poco promocionada que ha sido tu obra, incluso más que los temas que has tratado?

Creo que sí. Nosotras, las mujeres, estamos muy estigmatizadas. Y si bien este proyecto social cubano nos incluyó desde 1959, en la práctica cotidiana, constante, tenemos que luchar con una estructura patriarcal inamovible, decadente absolutamente. Yo le llamo “el ocaso patriarcal”, para ponerle algo de poesía y “tragármelo románticamente”.

Sin ser absoluta, en su mayoría el pensamiento masculino está muy detenido. Los hombres carecen de un esquema de socialización, han sido mutilados de aceptarse a sí mismos, de amarse entre ellos, de cuidar y velar por su salud.

Por eso en el proyecto Palomas trabajamos la masculinidad, con una diversidad de discursos, mucho respeto y cariño. El problema no es fajarse con los hombres, sino hablarles, incluirlos, darles algunos instrumentos de los cuales socialmente han estado absolutamente desprovistos.

¿Cómo y por qué surge Palomas? ¿Qué ideas lo sostienen?

Se fue gestando hace tiempo, desde que representaba a la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) en el Consejo Económico y Social (ECOSOC) en Naciones Unidas. Ya había estado en la Cuarta Cumbre Mundial de la Mujer celebrada en 1995, en China, en el encuentro regional de Mar del Plata, en la fuerte experiencia de la Marcha Mundial de Mujeres de Nueva York, invitada por el Centro Memorial Dr. Martin Luther King, Jr.

Quise ordenar ese trabajo tan atomizado y organicé un taller de género y diversidad creativa, en la UNEAC. Ya había empezado a trabajar mensajes de paz y contra la violencia en los programas que hacía para televisión, como “La paz no necesita de palomas, necesita de nosotras”.

Antes de salir de la UNEAC ya tenía elaborado el proyecto. Aquí trabajamos cuatro personas, desde hace tres años, y nos vinculamos con todo el país, producimos documentales, ayudamos a otros realizadores, organizamos veladas, hacemos encuentros teóricos, promovemos acciones para prevenir el Sida o llevarles un poco de alegría a los niños y las niñas en los hospitales. A partir de nosotros se canalizan ayudas, espectáculos artísticos. Es como un reciclaje, un sistema de elaboración muy especial, porque no somos una ONG, sino un proyecto absolutamente social.

Vamos a las universidades, participamos en los congresos y cuando viene Patch Adams, el Médico de la Risa, colaboramos con su programa. No tenemos grandes recursos ni dinero, pero sí equipamientos, cabeza y alma.

¿Cuál es tu concepto de paz, cuando no vives en conflicto bélico ni entre personas desplazadas?

Parte de la individualidad, de las relaciones personales, del lugar donde trabajas y vives. La defino como algo armónico, una conducta, una manera de relacionarse respetando al otro o a la otra, incluyendo desde su familia, respetando sus hijos e hijas.

Quizás porque me he sentido excluida, porque no me han entendido o no han querido ver las buenas razones por las cuales me he volcado a determinados asuntos, o incluso porque las mujeres son las promotoras de ese concepto y esa práctica, todo lo que hacemos es en fomento de una cultura de paz.

“Y hembra es el alma mía”, tu documental de 1994, es la primera mirada fílmica cubana al tema de la transexualidad y el travestismo. ¿Por qué ese tema?

Estaba impartiendo clases en la Universidad de Antioquia, en Colombia, y pasaba a diario por una esquina donde veía a los travestis, siempre con sus guardaespaldas. Para mí era algo raro. Luego conocí a la autora de “La Cenicienta”, un documental sobre la historia de un travesti al que lo fueron mutilando cruelmente hasta matarlo. Entonces quise saber qué pasaba en mi país con los travestis. Eso provocó estudios mucho más profundos y algunas decisiones. Muchos se atendieron con equipo de especialistas, a 11 se les dio su identidad femenina y eso fue para mí algo muy reconfortante.

Regresé al tema por mi trabajo con el Centro de Educación Sexual (CENESEX), a raíz del XVI Congreso de Sexología, celebrado en La Habana. Es un tema muy difícil de tratar socialmente, en cualquier lugar. Ahora tenemos muchos espacios y mostramos el documental como punto de partida de la discusión, no sólo desde el punto de vista del VIH/Sida, sino para hablar de la diversidad sexual.

¿A qué atribuyes la intolerancia en Cuba hacia la diversidad sexual?

Estoy agotada de oír respuestas como que ese es un fenómeno cultural e histórico, cuando hemos hecho una cantidad de rupturas con aspectos tan arraigados y fuertes como cambiar completo, socialmente, este país. ¿Cómo no vamos a poder cambiar, entonces, la capacidad de aceptar?

No quiero hablar de tolerancia, porque en español esa palabra ha sido muy maltratada y supone algo que admito porque no me queda más remedio. La única forma de que se vaya desdibujando es con acciones fuertes de conciencia, que sencillamente una persona sienta que se incluye como parte de la diversidad. No sólo las personas homosexuales, también las heterosexuales, las que tienen algún tipo de discapacidad. Y en Cuba ese discurso todavía no ha entrado, ni como pensamiento ni como acciones.

Tienen que incluirse estas ideas como parte de la política pública. Cuando se logre armonizar que todos y todas somos parte de la diversidad humana y no rija el juicio de uno ni las etiquetas del poder, podremos avanzar. Aquí podemos estructurar un programa para variar, con otra dinámica, esos conceptos absolutamente discriminatorios.

¿Y cuáles son tus temas pendientes?

Muchísimos. Estoy trabajando con los adolescentes y el Sida. En cualquier sociedad ese es un segmento que queda en el aire, apenas hay proyectos o programas especiales para esas edades que están ahí, en una nebulosa, y son tan importantes para lo que sigue. También el tema de la masculinidad.

¿Y la violencia?

Lo traté a partir del documental del Sida. Una de las expresiones de la violencia de género es la sexual. Las mujeres que entrevisté, menos una, se infestaron sexualmente. Eso transita por ahí, como el tema del alcoholismo. Es terrible no sólo la violencia que siente la mujer alcohólica, sino la que ejerce contra su madre, su familia y contra ella misma. Creo que el tema de la violencia está pendiente dentro de las soluciones sociales en la actualidad cubana.

Eres la única cubana entre las mil nominadas para este premio alternativo por la paz: ¿A cuáles otras incluirías si pudieras hacerlo?

A muchas cubanas. A Gertrudis Gómez de Avellaneda, si estuviera viva –soy una apasionada de esta intelectual y escritora--, a Celia Sánchez —que fue una mujer especial--, a Vilma Espín –tiene una historia audaz, tremenda--, a Rosa Elena Simeón –a quien perdimos hace poco y yo adoraba; fue una “ministraza”- a la científica Cochita Campa, a las deportistas Mireya Luis (voleibol), Débora Andollo (inmersionista), María Caridad Colón (jabalina), a Dora Carcaño –una mujer con una historia y un trabajo tremendos--, a mujeres que son una gloria de nuestra cultura, como Omara Portuondo, Esther Borja, Rosita Fornés...a muchísimas.

Pienso en mis niños y niñas con cáncer, los que viven felices y se sienten útiles y queridos aunque padezcan el Síndrome de Down, en las víctimas de la

violencia doméstica, las infestadas de Sida, los travestis, las personas con adicción al alcohol...

No he podido disfrutar la parte egoísta de la nominación a este premio, porque todavía no lo veo como algo personal. He llamado a todas mis amigas, a los hombres que me han ayudado, a mis buenos jefes hombres... porque es un reconocimiento a una labor.

Para hacerla necesitas un escenario y no puede tenerse un escenario vacío. Quien piense que tributar algo socialmente es parte de una idea individual, está perdido.

Recuadros:

Toda una vida

Desde su primer documental en 1984, Lizette Vila ha realizado más de 30 materiales fílmicos de temas humanísticos como "Los que llegaron después" (1989), "Cambiando vidas" (1992), "Y hembra es el alma mía" (1994), "El día que me quieras" (1997), "Gracias a la vida" (1998), "Una mujer sin rostro" (2000), "Voces...sueños, amor y Paz" (2003). Su obra ha sido reconocida con dos premios Coral y dos premios de la crítica en el Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano de La Habana. También ha sido premiada en diferentes eventos cinematográficos en México, Trieste, Hungría y Leipzig.

Por su trabajo en varias esferas, recibió el Premio Tina Modotti de la Unión de Periodistas de Cuba, el Premio Iberoamericano de Ética Elena Gil y la Medalla de Oro Mundial de Educación Especial.

Nacida en diciembre de 1949, Vila fue representante de la UNEAC en la Comisión Especial de Derechos Jurídicos y Sociales de la Mujer de Naciones Unidas desde 1996 hasta 2002; participó en el Congreso Mundial de Mujeres en Beijing, China, en 1995 y ha sido profesora en universidades de Cuba, Colombia, Venezuela y Estados Unidos. Desde el año 2002 dirige el Proyecto Palomas.

Un premio simbólico

Al notar que sólo 12 mujeres han ganado el premio desde su primera entrega en 1901, un grupo de ciudadanos suizos lanzó en 2003 la campaña 1.000 Mujeres y un Premio Nóbel de la Paz de 2005 para lograr un reconocimiento al esfuerzo de "millones de mujeres que trabajan día y noche para promover la paz".

La idea original de Ruth-Gaby Vermot-Mangold, integrante del Consejo Nacional Suizo y el Consejo de Europa, encontró el apoyo de Swisspeace, la Fundación Suiza para la Paz, y de otras organizaciones y redes internacionales, incluidas varias agencias del sistema de las Naciones Unidas.

"Las mujeres nominadas por el proyecto proceden de 150 países y se han comprometido en forma diaria a la causa de la paz y la justicia, con frecuencia bajo las más difíciles circunstancias", dijeron los organizadores del proyecto.

La postulada número 1.000 no tiene nombre, edad, ni nacionalidad, y en su lugar están representadas todas las que trabajan cotidianamente por la paz y la dignidad humanas.

Las mujeres premiadas desde 1901 fueron la keniana Wangari Maathai, la iraní Shirin Ebadi, las estadounidenses Jody Williams, Emily Greene Balch y Jane Addams, la guatemalteca Rigoberta Menchú Tum, la birmana Aung San Suu Kyi, la albanesa Madre Teresa de Calcuta, la sueca Alva Myrdal, las irlandesas Betty Williams y Mairead Corrigan, y la austríaca Bertha Sophie Felicita von Suttner.

El Premio Nobel de la Paz se entregará el próximo 4 de octubre en Oslo.
(fin/sem/sm-da/mrc/2.806 palabras/13.948 caracteres)